

pe próximo ya á descargar. «Danton, le dijo apostrofándole con voz severa, ¿pides que se precisen las quejas que hay contra tí? Nadie levanta la voz y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa, es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambicion era ser regente de Luis XVII; que en cierta época todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el gefe de la conspiracion; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros mas peligrosos enemigos, que tú eras á quien mas debia temerse; que la Montaña estaba llena de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte.

«La Convencion, prosiguió Robespierre, sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez mis sospechas se habian adelantado á las suyas. Entonces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con mas vehemencia. Juro que estos fueron los únicos cargos que le hice.... Danton, ¿no sabes, prosiguió el orador con una voz casi enternecida, que cuanto mas valor y patriotismo tiene un hombre, tanto mas se encarnizan en su pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parecen que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detras de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engaño respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado tambien bajo el aspecto politico. Una diferencia de opinion entre él y yo, me le ha hecho espiar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razon; pero yo pido que se me juzgue á mí tambien. Que se presenten esos hombres que pretenden ser mas patriotas que nosotros.»

XII.

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que queria Robespierre. Le hacia falta Danton como protegido, no como igual, porque tenia necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida esta y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se veria obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios, con los demas miembros exagerados ó corrompidos de la Convencion, que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klootz, *el orador del género humano*; «¿Podemos mirar como patriota, exclamó Robespierre, á un baron alemán? ¿Cómo democrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿Como republicano á un hombre que solo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarevolucionarios enemigos de la Francia? ¡Klootz! pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Dubuisson y Pereyra), eres un traidor como ellos y es menester vigilarte. ¡Ciudadanos! Vosotros le habeis visto tan pronto á los pies del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda. ¿Quería que la Francia atacase al universo! Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland*. Ha dado un bofetón á Roland, pero ha dado otro mas ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinacion en hablar de una república universal para inspirarnos el furor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darla por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. Tambien ha fomentado el movimiento contra el

culto. Sin embargo, Klootz, ¿te conocemos perfectamente! Todos nosotros sabemos las visitas nocturnas que has hecho á Gobel, obispo de París. Sabemos tambien que cubierto con las sombras de la noche, has preparado allí en union de Gobel aquella mascarada filosófica. ¡Ciudadanos! ¡mirareis como patriota á un extranjero que quiere ser mas democrata que los franceses, y á quien se ha visto tan pronto encima como debajo de la Montaña? ¡Porque jamás Klootz estuvo con ella! ¡Ay de mí! ¿qué podemos hacer nosotros estando rodeados de enemigos que se introducen en nuestras filas para combatirnos? Ellos se cubren con una máscara y nos destrozan, y nosotros sentimos el golpe sin ver la mano que lo ha dado. ¡Estamos perdidos; nuestra mision ha concluido! Nuestros enemigos, fingiendo colocarse mas allá de la cúspide de la Montaña, nos cogen por la espalda para asestarnos golpes mas mortales!...» En seguida, enterneciéndose hasta verter lágrimas, y parodiando las palabras de Jerucristo en su agonía, «¡Veamos, dijo, porque la muerte de la patria no está lejana!»

El infortunado Klootz, cabizbajo al pie de la tribuna y agobiado bajo el peso de la acusacion de Robespierre, no se atrevió siquiera á decir una palabra para apartar de sí la animadversion general. Fanático sincero y adicto á la república, Klootz no era, sin embargo, culpable sino por sus relaciones con los hombres corrompidos de la Convencion, tales como Fabre y Marat, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert. Sobre todo lo era á los ojos de Robespierre por la proclamacion de la república universal, que amenazaba á todos los tronos y á todas las nacionalidades. Robespierre, que siempre habia querido paz con los extranjeros, continuaba queriéndola, sacrificando á Klootz como á un insensato y como á un ateo; queria quitar la piedra de escándalo entre la Europa y la república francesa. Robespierre no queria mas conquistas que las de las ideas.

La indulgencia política con que habia cubierto á Danton, se estendió á Fabre de Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, y cuya súbita fortuna hacia sospechar de su prebidad.

Camilo Desmoulin, otro de los clientes de Danton, tuvo necesidad tambien de que se le escusase por la compasion que habia mostrado en el tribunal revolucionario, cuando la condenacion de los girondinos. «Es verdad, dijo Camilo Desmoulin, que tuve un movimiento de sensibilidad en el juicio de los veinte y uno. Pero los que me molejan están muy lejos de encontrarse en la misma posicion que yo. Quiero á la república, pero me he engañado respecto á muchos de sus hombres, tales como Mirabeau y Lameth, á quienes yo creía unos verdaderos defensores del pueblo y que han concluido por engañarlo. Una fatalidad estraña ha hecho que de sesenta personas que han firmado mi contrato matrimonial, no me queden mas que dos amigos vivos. ¡Robespierre y Danton! Los demas, ó están fugitivos ó guillotinos. De este número eran siete de los veinte y uno. Siempre he sido el primero á denunciar á mis propios amigos cuantas veces he visto que obraban mal. Yo he ahogado la voz de la amistad que me habian inspirado algunos grandes talentos.»

Esta excusa tartamudeada timidamente por Camilo Desmoulin, no calmó los rumores de los Jacobinos. Robespierre se levantó para apaciguarlos. Amaba y menospreciaba á aquel jóven arrebatado como una muger, y voluble como un niño.

«Es necesario, dijo Robespierre, considerar á Camilo Desmoulin, en sus virtudes y en sus debilidades. Algunas veces tímido y confiado; con frecuencia animoso y siempre republicano, se le ha visto sucesivamente ser amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillon; pero tambien se le ha visto romper los ídolos que habia incensado. Yo le invito á proseguir en su carrera, pero tambien

le exorto á no ser tan versátil y á que procure no engañarse en lo sucesivo, respecto á los hombres que figurarán en la escena política.» Esta amnistía de Robespierre cerró la boca á los amigos de Hebert, que querían herir á Camilo Desmoulins. Nadie se atrevió á proscribir al que Robespierre escusaba.

XIII.

Entretanto Vincent, Héron, Ronsin y Maillard, principales gefes de los Franciscanos, fueron presos por orden de la comision de salud pública, por una denuncia de Fabre de Eglantine, y puestos al poco tiempo en libertad por un informe de Robespierre. Unicamente ocupado en la apariencia en asegurar el predominio del gobierno sobre todos los partidos, Robespierre leyó en la Convencion un informe sobre los principios del gobierno revolucionario. Este informe arrojaba mucha luz respecto á sus planes y á los de la comision. «La teoria del gobierno revolucionario, decia en aquel escrito, es tan nueva como la revolucion que la ha engendrado. El objeto del gobierno constitucional es conservar la república; el del gobierno revolucionario es fundirla.

«La revolucion es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitucion es el régimen de la libertad victoriosa y pasible.

«El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos toda la proteccion nacional; á los enemigos del pueblo, la muerte!

«Debe bogar entre estos dos escollos: la debilidad y la temeridad; la moderacion y el exceso.

«Su poder debe ser inmenso. El dia que caiga en manos impuras ó pérdidas, se pierde la libertad.

«La fundacion de la república francesa no es un juego

de niños. ¡Desgraciados de nosotros si rompemos el haz en lugar de apretarlo! Sacrifiquemos á esta obra nuestro amor propio. Escipion despues de haber vencido á Anibal en Cartago, tuvo á gloria servir á las órdenes de su enemigo. Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambiciones en lugar de ser unos deberes penosos, la república está perdida.

«Apenas hemos reprimidos los excesos de una falsa filosofia contra los cultos, apenas hemos pronunciado aqui el nombre de *ultra-revolucionario*, cuando los partidarios del trono han querido aplicárselo á los patriotas ardientes que habian cometido de buena fé algunos errores hijos de su celo. Ellos buscan gefes en medio de vosotros. Su esperanza consiste en dividirnos y hacer que deseñemos unos de otros. Esta funesta lucha vengaria á los aristócratas y á los girondinos. Es necesario confundir sus esperanzas haciendo juzgar a sus cómplices.»

Este informe de dos filos dirigido evidentemente contra los hebertistas que acusaban á la comision de salud pública de debilidad, y contra los dantonistas que la acusaban de excesivo rigor, terminaba por un decreto ordenando el pronto juicio de Dietrich, corregidor de Estrasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Estas eran unas víctimas, casi todas inocentes, inmoladas á la reconciliacion entre los tres partidos: sangre arrojada á la Convencion para apaciguarla, pero este sacrificio no apaciguó nada.

XIV.

Las querellas de Camilo Desmoulins y de Hebert en sus periódicos, mantenian la discordia. Síntomas mudos revelaban á los ojos de Robespierre y de la comision las

sordas murmuraciones de Danton. La abdicacion y el silencio de este orador, inquietaban á la comision de salud pública. Desde su regreso de Arcis-sur-Aube, su reposo no era na ural y su humanidad era sospechosa. La sangre de setiembre que aun manchaba sus manos, no habia hecho verosimil tanta piedad en el alma de Danton. Se veia en su indulgencia afectada, un calculo mas bien que un sentimiento. Este cálculo era una amenaza contra los hombres que manejaban el arma de los suplicios. Danton afectando separarse de ellos, parecia espiar la hora de un retroceso en la opinion pública, para volver aquella arma contra ellos, imputarles la sangre derramada, echarles en cara las victimas, aprovechar los resentimientos que habrian encendido, y apoderarse de la revolucion que era su alma, entregándolos despues á la venganza del pueblo. Estas sospechas de Robespierre y de la comision contra Danton, estaban justificadas por su naturaleza, por su situacion y por su profunda política. Tambien lo estaban por el temple de su alma, que pasaba con la inconsecuencia de una sensacion, del arretrato del terrorista á la generosidad y á la compasion. Los crímenes y las virtudes de Danton se reunian en aquel momento para perderle. El fausto de su vida ociosa y llena de placeres en Sevres, cuando la república estaba ardiendo y cuando la sangre salia de todas sus venas; en fin, la fortuna inexplicable que se le atribuia, comparada con la indigencia de Robespierre, todo contribuia á hacerle sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoullins recaian sobre Danton. No se creia que este jóven y ligero folletista fuese capaz de atreverse á tanto si no estuviera persuadido de que le cubria la sombra de un coloso. La audacia de su estilo pasaba por ser inspiracion de su protector.

Camilo Desmoullins habia querido adular á Robespierre, dirigiendo *El Viejo franciscano* contra Hebert y su partido; pero se encontró con que ofendió al rival

sombrio de Danton. Estraño error de una adulacion estemporánea que hiere en lugar de acariciar. Todo el nudo del drama que vá á desarrollarse estuvo en esta mala inteligencia de un folletista. Su inconsiderada pluma queriendo matar á sus enemigos anticipó la hora fatal para sus amigos y para si propio. La impaciencia que tenia por darse importancia y fama le precipitó á su perdicion. Su muerte fué un aturdimiento como lo habia sido su vida; pero al menos fué un aturdimiento honrado, á veces sublime y que horra en la apariencia muchas prostituciones y hajezas.

XV.

Camilo Desmoullins empezó en su primer número de *El Viejo franciscano* por adular á Robespierre.

«La victoria ha quedado por los Jacobinos, escribia relatando la justificacion de Danton, porque en medio de la ruina de tantas reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre ha quedado intacta. Fuerte ya en el terreno ganado durante la enfermedad de Danton, el partido de sus acusadores en medio de los pasages mas patéticos y mas convincentes de su justificacion, silbaba, movia la cabeza y se sonreia, manifestando compadecerse como si aquel discurso fuese el de un hombre condenado por todos los sufragios. Hemos vencido, sin embargo, porque despues de los discursos ardientes de Robespierre, en los cuales parece que el talento se aumenta á proporcion que van en aumento los peligros de la república, y viendo la impresion profunda que habian dejado en los ánimos, era imposible atreverse á levantar la voz contra Danton, sin dar, por decirlo asi, un finiquito público de las guineas de Pitt.»

Afectaba en otro de los párrafos posteriores la adora-

cion á Marat para cubrirse con aquella fama póstuma contra los que le echaban en cara su debilidad.

«Después de la muerte de aquel patriota tan esclarecido á quien yo me atreví hace tres años á llamar el divino Marat, esta es la única marcha que pueden seguir los enemigos de la república. ¡ Cuántas veces, y lo atestiguo con sesenta de mis colegas, he llorado en su seno las funestas consecuencias de esta marcha! En fin, Robespierre en un discurso que la Convención ha decretado que se envíe á toda Europa, ha levantado el velo. Convenia á su valor y á su popularidad deslizar diestramente como lo ha hecho, la gran palabra, la saludable palabra, de que Pitt ha cambiado de baterías; que ha tratado de hacer por medio de la exageración lo que no había podido por el moderantismo, y que hay hombres políticamente contra-revolucionarios que trabajan en formar como Roland el espíritu público y en falsear la opinión en sentido contrario, pero encaminándola á un terreno igualmente fatal para la libertad. Después en dos discursos no menos elocuentes, Robespierre se ha pronunciado en los Jacobinos con mas vehemencia contra los intrigantes que con alabanzas públicas y exclusivas, se lisonjean de desunirle de todos sus antiguos compañeros de armas y del batallón sagrado de los franciscanos, con el cual había batido tantas veces al ejército real; ¡ Para vergüenza de los sacerdotes, él ha defendido el Dios que ellos abandonaban cobardemente!»

Aquí Camilo Desmoulins, hacia reflejar el talento de Tácito al hablar de las maldades modernas: el francés en su pluma, era conciso y enérgico como el latín.

«Después del sitio de Perusa (dicen los historiadores) á pesar de la capitulación, la respuesta de Augusto fué: ¡Es necesario que todo perezca! Trececientos de los principales ciudadanos fueron conducidos al altar de Julio César y degollados en el día de los idus de marzo; en seguida el resto de los habitantes fué pasado al filo de la es-

pada y la ciudad, que era una de las mas hermosas de Italia, reducida á cenizas y arrasada como el Herculano de la superficie de la tierra. Había antiguamente en Roma, dice Tácito, una ley que esplicaba los crímenes de Estado y los de lesa magestad, que merecian pena capital. Estos crímenes de lesa magestad en la república se reducian á cuatro: si un ejército había sido abandonado en un país enemigo: si se habían escitado sediciones: si los miembros de los cuerpos constituidos administraban mal los negocios ó los caudales públicos; y si se había envilecido la magestad del pueblo romano. No tuvieron necesidad los emperadores sino de algunos artículos adicionales á esta ley para envolver á los ciudadanos y á las ciudades enteras en la proscripción. Desde que las intenciones se convirtieron en crímenes de Estado, no hubo mas que dar un paso para cambiar en crímenes las simples miradas; la tristeza, la compasión, los suspiros y aun hasta el silencio. Bien pronto se achacó á un crimen de lesa magestad ó de contrarrevolución á la ciudad de Murcia el haber erigido un monumento á sus habitantes muertos en el sitio de Módena combatiendo bajo Augusto; pero porque entonces Augusto combatia con Bruto, Murcia tuvo la suerte de Perusa.

«Crimen fué de contrarrevolución en Libon Druso el haber pedido á los agoreros que le dijese si poseeria algun día grandes riquezas. Crimen de contrarrevolución en el periodista Cremilio Cordo el haber llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos. Crimen de contrarrevolución en uno de los descendientes de Casio, el tener en su poder un retrato de su bisabuelo. Crimen de contrarrevolución en Mamerio Eseauro, el haber compuesto una tragedia en que había versos de dos sentidos. Crimen de contrarrevolución en Torcuato Silano el gastar demasiado. Crimen de contrarrevolución en Petreyo el haber soñado en Claudio. Crimen de contrarrevolución en Pomponio el que un amigo de Seyano fué á refugiarse á su casa de

campo. Crimen de contrarrevolucion el quejarse de las desgracias de la época, porque esto era acusar al gobierno. Crimen de contrarrevolucion el no invocar el genio de Calígula: por haber faltado á esto gran número de ciudadanos fueron despedazados, conducidos á las minas, echados á las fieras, y algunos aserrados por medio del cuerpo. Crimen de contrarrevolucion en la madre del cónsul Fabio Gémino el haber llorado la muerte funesta de su hijo.

«Era necesario manifestar alegría por la muerte de un amigo ó de un pariente sino se quería sufrir igual suerte. Bajo el imperio de Neron muchos de los que habian perdido sus padres por orden del tirano, fueron á dar gracias á los dioses. Por lo menos era necesario aparentar un aire alegre y tranquilo. Se tenia miedo del mismo miedo. Todo era sombrío para el tirano. Si un ciudadano tenia popularidad, era mirado como un rival del príncipe que podia suscitar la guerra civil.

«El infeliz, era declarado ¡sospechoso!

«Al contrario, si huía de la popularidad ó si se mantenía apartado de los negocios; si aquella vida retirada le valia cierta consideracion ¡Sospechoso!

«Si uno era pobre, era menester vigilarle mas de cerca, porque nadie es mas emprendedor que el que nada tiene. ¡Sospechoso!

«Si érais de un carácter sombrío y melancólico; si vestíais con descuido, era porque estábais afligido por lo bien que iban los negocios públicos.... ¡Sospechoso!

«Si érais virtuoso y de costumbres austeras, se os tenia por un nuevo Bruto, que pretendia con su palidez, censurar á una corte galante y obsequiosa. ¡Sospechoso!

«Si érais filósofo, orador ó poeta, era porque os convenia tener mas favor que los que gobernaban. ¡Podia permitirse que se hiciese mas caso de un autor, que del emperador encerrado en su palco? ¡Sospechoso!

«En fin, el que habia adquirido reputacion en la guer-

ra, era mas peligroso á causa de su talento. Con un general inepto, puede hacerse lo que se quiere. Si es traidor, no puede entregar un ejército al enemigo sin que se trasluzca su traicion. Pero si un oficial del mérito de Agrícola ó de Corbulon llega á ser infiel, nadie se escapa de sus tramas. Lo mejor es deshacerse de ellos, ó cuando menos tenerlos separados del mundo por.... ¡Sospechosos! Fácil es concebir que aun era peor ser nieto ó aliado de Augusto: el que reunia estas circunstancias, podia aspirar al trono... ¡Sospechoso!

«Así es que no era posible tener ninguna cualidad, á menos de hacer de ella un instrumento de la tiranía, sin despertar los celos del déspota, y sin esponerse á una pérdida cierta. Era un crimen tener un gran empleo ó dimitirlo. Pero el mayor de todos los crímenes era el ser incorruptible.

«Uno era perseguido á causa de su nombre ó del de sus antepasados. Otro á causa de su hermosa casa de Alba: Valerio Asiático, porque sus jardines habian agrada- do á la emperatriz. Itálico porque la desagradaba su cara: y una multitud sin que supiesen la causa por qué eran perseguidos. Toranio el tutor, y el antiguo amigo de Augusto, fué proscripto por su pupilo sin otra causa que ser hombre de probidad y amar á su patria. Ni la pretura, ni su inocencia pudieron librar á Quinto Galio de las manos sangrientas del ejecutor: aquel Augusto, cuya clemencia se ha alabado tanto, le arrancó los ojos por su propia mano. Cualquiera era engañado ó herido por sus esclavos ó por sus enemigos, y si no habia enemigos nunca faltaban asesinos. Estos eran un huésped, un amigo ó un hijo. En una palabra, bajo aquellos reinados, la muerte natural de un hombre célebre, ó que estuviese constituido en dignidad, era tan estraña, que se ponía en los periódicos como un acontecimiento, y se trasmittía por el historiador á la memoria de los siglos venideros.—Bajo aquel consulado, dice nuestro analista, el pontífice Pison murió en

su cama, lo que pareció á todo el mundo un prodigio.

«A tales acusadores tales jueces. Los tribunales protectores de la vida y de la propiedad de los ciudadanos se habian convertido en carnicerías, en donde lo que se llamaba suplicio y confiscacion no era sino un robo y un asesinato. Si no habia medio de llevar á un hombre al tribunal, se tenia el recurso de asesinarlo ó envenenarlo. Celer Aelio, la famosa Locusta y el médico Aniceto, eran unos envenenadores de profesion con privilegio esclusivo, y una especie de grandes oficiales de la corona, que siempre iban donde iba la corte. Cuando aquellas medidas no bastaban, el tirano recurría á una proscripcion general. Asi fué como Caracalla, despues de haber muerto por su mano á Geta, declaró enemigos de la república á todos sus amigos y parientes, en número de veinte mil; y Tiberio, enemigo de la república, mató á todos los amigos y partidarios de Seyano en número de treinta mil. Asi fué como Sila en un solo día prohibió el fuego y el agua á setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras no hubiera destrozado mas personas que las destrozadas por los delatores, los libertos y los envenenadores de César, porque la crueldad causada por el hambre cesa con el hambre, en vez de que la que es causada por el temor, la concupiscencia y las sospechas de los tiranos, no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimiento y baja se habria descendido la especie humana cuando vemos que Roma sufrió el gobierno de un mónstruo que se quejaba de que su reinado no se señalase por alguna calamidad, peste, hambre, ó temblor de tierra; por un hombre que envidiaba á Augusto el haber tenido en el suyo un ejército destrozado, y al de Tiberio los desastres del anfiteatro de Fidenas, en donde habian perecido cincuenta mil personas, y para decirlo en una palabra, que deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza para poder colgarla en una ventana de su habitacion.»

XVI.

Aquí se elevaba Camilo Desmoulins hasta la filosofía de Fenelon, para dar á la revolucion el colorido de una religion política.

«Algunos piensan sin duda, que la libertad, asi como la infancia, necesita pasar por los llantos y los gemidos para llegar á la edad madura. Pero con la libertad sucede todo lo contrario, y basta deseirla para obtenerla. Un pueblo es libre en el mismo momento en que quiere serlo. La libertad no tiene ni infancia ni vejez; no tiene mas edad que la de la fuerza y el vigor; de otra suerte, los que se hacen matar por la república, serian tan estúpidos como esos fanáticos de la Vendée que se hacen matar por las delicias del paraíso de que no gozarán nunca. Cuando hayamos perecido en el combate, ¿resucitaremos á los tres días como creen esos imbéciles paisanos? No, esta libertad que yo adoro, no es el Dios desconocido. Combatimos por defender unos bienes de que estamos en posesion desde que se invocan. Estos bienes son la declaracion de los derechos, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad, y la inviolabilidad de los principios: ved aquí la huella de los pasos de la diosa.

«¡Oh queridos ciudadanos! ¿estariamos envilecidos hasta el punto de tener que prosternarnos ante tales divinidades? No; la libertad que ha bajado del cielo no es una ninfa de la Opera, no es un gorro encarnado, no es una camisa sucia ni unos harapas; la libertad es la dicha, es la razon, es la igualdad, es la justicia, es vuestra sublime constitucion. ¿Quereis que la reconozca, que me arroje á sus pies, y que vierta mi sangre por ella? Abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais

sospechosos, porque en la declaracion de derechos no hay casas para los sospechosos sino prisiones para los delinquentes.

«La sospecha no tiene mas cárcel que el acusador público. No debe haber hombres sospechosos, sino hombres acusados de delitos previstos por la ley, y no creais que esta medida seria funesta á la república; esta seria la medida mas revolucionaria que podiais tomar. ¿Quereis esterminar á todos vuestros enemigos con la guillotina? Pero ¿puede darse mayor locura? ¿Podeis hacer perecer á uno en el cadalso sin atraeros el odio de toda su familia y de sus amigos? ¿Creeis que sean peligrosas esas mugeres, esos viejos, esos valetudinarios, esos egoistas y esos rezagados de la revolucion á quienes encerrais con tanto afán? De todos vuestros enemigos no quedan ya sino los enfermos y los cobardes; los valientes y los fuertes, ó han emigrado, ó han perecido en Lyon y en la Vendée. El resto no merece vuestra ira. Esa multitud de suldenses, de arrendadores, de tenderos que encarcelais en medio de la lucha de la república contra la monarquía, no ha reunido en su favor sino á aquel pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

XVII.

La palabra *comision de clemencia* que Camilo habia arrojado á la opinion, lisonjaba por otra parte la generosidad de los vencedores consolando la miseria y la debilidad de los vencidos.

«¿Cuántas bendiciones se elevarian entonces de todas partes! Pienso muy diferentemente de los que os dicen que es menester poner al terror en la órden del dia; estoy seguro al contrario, de que la libertad se consolidaria, y

de que Europa quedaria vencida siuviérais una comision de clemencia. Esta comision que concluiria la revolucion, es una medida revolucionaria, y la mas eficaz de todas cuando se distribuye con sabiduria. Llámennme enhorabuena moderado los imbéciles y los picaros. No me avergüenzo de no ser mas rabioso que Marco Bruto, y ved aquí lo que éste escribia: *Hareis mejor, mi querido Ciceron, en tener vigor para cortar las guerras civiles, que en ejercer vuestra ira en perseguir tenazmente á los vencidos.* Sabido es que Trasibulo despues de apoderarse de Atenas á la cabeza de los desterrados, y despues de haber condenado á muerte á aquellos de los treinta tiranos que no habian perecido con las armas en la mano, usó de una indulgencia extrema con respecto al resto de los ciudadanos, y que ademas hizo proclamar una amnistia general. ¿Dirán acaso que Trasibulo y Bruto eran suldenses y brissotistas? Consiento gustoso en pasar por tan moderado como aquellos grandes hombres.»

Despues, volviendo á hablar de la comision de clemencia:

«A la palabra de comision de clemencia, ¿qué patriota no sentirá conmovidas sus entrañas? porque el patriotismo es la plenitud de todas las virtudes, y no puede por consecuencia, existir en donde no haya humanidad ni filosofia, sino en un alma árida y desecada por el egoismo. ¡Oh, mi querido Robespierre! á tí dirijo mi palabra, porque he visto el momento en que Pitt no tenia que vencer mas que á tí, y en el que el navio Argos perecia, la república entraba en el caos, y la sociedad de los Jacobinos y la Montaña se convertian en la torre de Babel si tú no lo hubieses salvado todo. ¡Robespierre! Tú, cuyos elocuentes discursos leera la posteridad con avidez, acuérdate de estas lecciones de la historia y de la filosofia, de que el amor es mas fuerte, y mas duradero que el temor, de que la admiracion y la religion atraen beneficios, y de que los actos de clemen-

cia son la escala de la mentira, según la espresion de Tertuliano; escala, sin embargo, por la cual los miembros de la comision de salud pública, han tratado de subir hasta el cielo, al cual no se sube nunca por escalones ensangrentados. Tú acabas de aproximarte mucho á esta idea con la medida que has hecho decretar hoy en la sesion del decadi 30 de frimario. Es verdad que mas bien es una comision de justicia lo que ha sido propuesto, y sin embargo, ¿por qué ha de ser reputada la clemencia como crimen en una república?»

En fin, se atrevió á dirigirse á Barrere, secretario de la comision de salud pública, con las siguientes palabras:

«No se encuentran ya los moderados y los aristócratas, dice Barrere, sin preguntarse: ¿Habeis visto El Viejo franciscano? ¿Yo protector de los aristócratas! ¿Yo patrono de los moderados! Que la nave de la república que corre entre dos escollos de que ya he hablado, se acerque mucho al del moderantismo, y se verá si yo ayudé á la maniobra, y si soy ó no moderado. He sido revolucionario antes que todos vosotros; he sido mas, he sido un bandido, y me he gloriado de serlo cuando en la noche del 12 al 13 de julio de 1789, el general Danican y yo hicimos abrir las tiendas de los armeros para armar al primer batallon de *sans culottes*. Entonces tenia yo toda la audacia de la revolucion: en el dia, que soy diputado de la Asamblea nacional, solo tengo la que me conviene, que es la de la razon y la de decir mi opinion con franqueza.

«Pero ¡oh queridos colegas! yo os diré como Bruto á Ciceron: Nosotros tememos demasiado á la muerte, al destierro y á la pobreza. *Nimum timemus mortem et exilium et paupertatem*. Esta vida, ¿merece acaso que un representante la prolongue á costa del honor? No hay ninguno de nosotros que no haya llegado á la cima de la vida y no nos quede mas que descender por medio de mil recipicios inevitables, aun para el hombre mas oscuro.

Esta bajada no nos abrirá ningun paso, ningun sitio que no se haya ofrecido mil veces mas delicioso á aquel Salomon que decia en medio de sus setecientas mugeres, pisando todo aquel aparato de felicidad: ¡He encontrado que los muertos son mas felices que los vivos, y que el mas dichoso es aquel que no ha nacido!»

XVIII.

Maltratado Hebert en aquel periódico, exhaló gritos de dolor y de rabia, herido por el puñal de Camilo Desmoulins, y no cesaba de provocar su espulsion de los Jacobinos, denunciándole como un asalariado de la supersticion y de la aristocracia. Por su lado Barrere fulminaba maldiciones contra Camilo Desmoulins en la comision de salud pública y en la tribuna de la Convencion, acusándole de que amortiguaba el patriotismo y de que comparaba la energia sensible de los fundadores de la república, con la crueldad de los tiranos. Desaprobado Camilo por Danton y reprendido por Robespierre, empezó á conocer que se habia colocado entre dos colosos que iban á aplastarle al chocar uno con otro. Pero avergonzándose de tener que retroceder ante la opinion pública, que recibia gustosa aquella primera indicacion de clemencia, agravó su crimen en nuevos artículos, que á la vez abundaban en nuevas ideas de clemencia y en invectivas contra los Jacobinos.

Hebert, Ronsin, Vincent, Momoro y Chaumette, faltos de resolucion en el momento de la lucha, se esforzaban como Camilo Desmoulins en desapasionar á Robespierre ó en desarmarle con sus adulaciones. La muger de Hebert, religiosa exclaustrada por la revolucion, pero digna de otro esposo, frecuentaba la casa de Duplay. Robespierre tenia hácia aquella muger la estimacion y

el respeto que negaba á Hebert. Aquella muger trató de reconciliar á Robespierre con su marido. Convidada á comer en casa de Duplay, se esforzó por disipar las sospechas que Robespierre alimentaba contra la faccion de los Franciscanos. Por la noche Robespierre, confiándose á medias con Hebert, le insinuó que la concentracion del poder en un triunvirato, compuesto de Danton, de Hebert y de él, reuniria tal vez la accion de la república que estaba próxima á romperse. Hebert respondió que se consideraba incapaz de otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre lo miró con desconfianza. Al salir de casa de Duplay, la muger de Hebert le dijo á su marido que semejante insinuacion recibida y luego rechazada, era un peligro mortal para él. «Tranquilízate, dijo Hebert; no temo ni á Robespierre ni á Danton. ¿Si se atreven, que vengan á buscarme á la municipalidad!»

Hebert, ya acobardado, ya temerario, no hablaba en sentido menos provocativo de Danton y de sus amigos, en su periódico y en la tribuna de los Franciscanos. Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsin y las bandas desenfrenadas de Maillard le aseguraban. Infamaba abiertamente á la comision de salud pública, y el gobierno no tenia mas arbitrio que herir á aquel faccioso ó ser herido por él. La Convencion estaba amenazada de un nuevo 31 de mayo, porque Hebert pedía la prision y el suplicio de los setenta y tres diputados cómplices de los girondinos. Vincent fijó en los Franciscanos unos carteles en que decia que era necesario reducir á mil y quinientas almas las cincuenta mil que habia en Lyon, encargando al Ródano que enterase los cadáveres. Chaumette hacía alluir á la municipalidad los peticionarios de las secciones, pidiendo abiertamente la expulsion de la parte gangrenada de la Convencion. La comision de salud pública conocia por sus agentes secretos las tramamas anárquicas de Ronsin, y que era ya tiempo de cortarlas, aprovechando el momento en

que aquellos mismos conspiradores amenazaban á Danton. Tal fué el motivo de los miramientos y de la indulgencia de Robespierre en los Jacobinos con respecto á Danton y á Camilo Desmoulins. Resuelto á perder á las dos facciones, la comision de salud pública se guardaba de atacarlas en el mismo dia: era necesario dar esperanza á la una para destruir mas fácilmente la otra. Danton, á pesar de su perspicacia, se engañó también tomando la longanimidad de Robespierre por una alianza; pero no era sino un lazo y cayó en él. Esto fué lo que reveló algunos dias despues con esta exclamacion de su orgullo humillado: «¡La muerte no es nada; lo que siento es morir por un engaño de Robespierre!»

XIX.

Los Jacobinos eran para la comision de salud pública el instrumento de la derrota ó de la victoria. Robespierre se encargó de reunirlos á la Convencion, multiplicándose y consumiendo sus fuerzas para ocupar sin descanso la tribuna y ejercer sobre ellos la fascinacion de su nombre. Esta tribuna se convirtió en el único punto sonoro de la república. La Convencion afectaba hablar poco, desde que ejercia el poder supremo. La soberania no tenia necesidad de hablar, sino de obrar. La Convencion temia ademas el dividirse disintiendo mucho delante de sus enemigos. Su dignidad y su fuerza consistian en el silencio. La opinion no amenazaba ó no estallaba sino en los Jacobinos. Robespierre no desperdiciaba ninguna ocasion de infamar ó de amenazar á los hebertistas: «Que los que desearan, esclamó un dia mirando el grupo que formaban Ronsin, Vincent y los Franciscanos, que la

Convencion quede degradada, vean en esto el principio de su ruina! ¡Que oigan el oráculo de su muerte cierta! ¡Serán esterminados!»

Camilo Desmoulin habia sido citado para justificar sus insinuaciones sangrientas contra el terror. Presentóse ya vencido y tartamudeó sus escusas. «Esperad, ciudadanos, dijo, yo no sé en donde estoy. De todas partes me acusan ó me calumnian. Por mucho tiempo he creído de buena fé las acusaciones en contra de la comision de salud pública. Collot de Herbois me ha asegurado que estas acusaciones eran una novela. Yo pierdo la cabeza. ¿Es un crimen á vuestros ojos el haber sido engañado? —Esplicaos sobre *El Viejo franciscano!*» le gritó una voz. Camilo tartamudea y Robespierre le dirige una mirada severa. «Hace algun tiempo, dijo, que tomé la defensa de Camilo Desmoulin, acusado por los Jacobinos. La amistad me permitió hacer algunas reflexiones atenuantes sobre su carácter; pero en el dia me veo obligado á usar un lenguaje diferente. El habia prometido abjurar las heregias políticas de que están llenas las páginas de *El Viejo franciscano*. Enorgullecido por el despacho prodigioso de su folleto, y por los pérfidos elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda que le trazó el error. Sus escritos son peligrosos: alimentan la esperanza de nuestros enemigos y fomentan la malignidad pública. Camilo es un ciego admirador de los antiguos. Los escritos inmortales de Ciceron y de Demóstenes hacen sus delicias. Le gustan las filípicas y es un niño extraviado por las malas compañías. Es necesario tratar con rigor sus escritos, que el mismo Brissot no hubiera desechado, y conservar su persona. Pido que se quemem todos esos números.

—Quemar no es responder, exclamó el imprudente folletista.

—¿Cómo te atreves, replicó Robespierre, á justificar unas páginas que forman las delicias de la aristocracia!

Sabe, que si no fueses Camilo podria tal vez no tenerse tanta indulgencia contigo.

—Tú me condenas aqui, repaso Camilo Desmoulin ¿pero no he ido yo á tu casa? ¿No te he leído mis páginas suplicándote en nombre de la amistad, que me ilustrases con tus consejos y que me trazases el camino que debía seguir?

—No me has mostrado mas que una parte de ellas, le respondió severamente Robespierre, como yo no me caso con ninguna querella, no he querido leer las otras. Se hubiera dicho que yo las habia dictado.

—Ciudadanos, dijo entonces Danton, Camilo Desmoulin no debe asustarse de las lecciones un poco severas que Robespierre le dá. ¡Que la justicia y la sangre fria presidan siempre á vuestras decisiones! Antes de condenar á Camilo, mirad bien lo que haceis, no sea que con este golpe, echéis por tierra la libertad de la imprenta!

XX.

Estas luchas, preludio de otras mas terribles, no impidieron á Robespierre el que dictase sus doctrinas á la Convencion. «Iniciemos al universo entero en nuestros secretos políticos, dijo en un informe sobre el espíritu del gobierno republicano. ¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna cuyas leyes están escritas no en el mármol ni en la piedra, sino en el corazon de todos los hombres, aun en el del esclavo que las ovida y en el del tirano que las niega. Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes á las comodidades, la razon á las preocupaciones, es decir, todas las virtudes y todos los prodigios de la república á todos los vicios y á todas las mentiras de la monarquía. El gobierno democrático y republicano, es el

único que puede realizar estos prodigios; pero la democracia no es un estado en el que el pueblo continuamente reunido, arregla por sí mismo todos los negocios públicos y mucho menos aquel en que cien mil fracciones del pueblo, con medidas prontas, aisladas y contradictorias, deciden de la suerte de la sociedad entera. Tal gobierno si es que ha existido, no podrá vivir sino para conducir al pueblo al despotismo. La democracia es un estado en que el pueblo soberano sometido á leyes que él mismo ha confeccionado, hace por medio de sus delegados todo lo que no podría hacer por sí mismo.

«No solamente la virtud es el alma de la democracia, sino que no puede existir mas que en esta clase de gobierno. En la monarquía no conozco mas que un individuo que pueda amar á la patria, y es el monarca: porque él es el unico que tiene una patria. ¿No está él en lugar del pueblo? Los franceses son el primer pueblo del mundo que haya establecido la verdadera monarquía, llamando á todos los hombres á la igualdad y á la plenitud del derecho de ciudadanía, y por esto triunfará de todos los tiranos. Nosotros no pretendemos, pues, modelar la república francesa sobre la de Esparta. Pero las tempestades rugen y nos amenazan aun. Si el resorte del gobierno popular es la calma de la virtud, en las revoluciones es á un mismo tiempo la virtud y el terror. El terror no es otra cosa que una justicia pronta, severa é inflexible. Por lo tanto es una emanacion de la virtud. El gobierno actual, es el despotismo de la libertad contra la tiranía para fundar la república. La naturaleza impone á todo ser físico y moral la ley de su propia conservación. ¡Que la tiranía reine un solo dia y al siguiente no existirá ningun patriota! ¡Perdon para los realistas! nos gritan. No, ¡perdon para la inocencia, perdon para los débiles, perdon para los desgraciados, perdon para la humanidad! Los conspiradores no son ciudadanos sino enemigos. Algunos se quejan de la detencion en las cár-

celes de los enemigos de la república; se buscan ejemplos en la historia de los tiranos; tambien se nos acusa de precipitar los juicios y de violar las formas. En Roma cuando el cónsul descubrió la conjuracion y la ahogó en el mismo instante con la muerte de los cómplices de Catilina, fué acusado de haber violado las formas... ¿por quien? Por el ambicioso César que queria engrosar su partido con las hordas de los conjurados!»

Esta alusion á Danton y á sus cómplices, hizo estremecer á la Convencion y palidecer al mismo Danton.

«Dos facciones nos combaten, prosiguió Robespierre, la una nos lleva á la debilidad, la otra al esceso; la una quiere convertir la libertad en una bacante, y la otra en una prostituta. Algunos intrigantes subalternos y aun tambien algunos buenos ciudadanos engañados, se unen al uno ó al otro partido, pero los gefes pertenecen á la causa de los reyes. Los unos se llaman moderados, los otros son los falsos revolucionarios. ¿Quereis contener á los sediciosos? ¡Los primeros os recuerdan la clemencia de César y manifiestan que este ó el otro individuo era noble cuando servía á la república, y no se acuerdan ya de cuando la han hecho traicion. Los otros intentan y quieren esceder la locura de los Heliogábalos y de los Caligulas; pero la espuma impura que el Océano arroja á la playa no por eso le hace menos imponente!»

XXI.

Este informe fué el toque de rebato de la Convencion contra los hebertistas y dantonistas. La comision de salud pública hizo encarcelar á Grammont, Duret y Lapa-lus, amigos de Vincent y de Ronsin, acusados por Couthon de haber deshonrado al terror con espoliaciones y suplicios que convertian el patriotismo en latrocinio, y la justicia nacional en degüello.

Los hebertistas temblaron. Robespierre atacándolos cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y espulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra hería como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convención estos oráculos. El primer informe concernía á los detenidos: «Habeis querido una república, decia Saint-Just, y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, esta envolverá al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just, hicieron creer á los partidarios de Hebert que la comision de salud pública temblaba ante ellos y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Couthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacia unos cuantos dias, y no podia asistir á la comision; motivo por el cual sus enemigos podian intentarlo todo impunemente.

Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A esta palabra palidecieron todos los semblantes y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tráfugas; y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la libertad. Solo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de la seccion permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontá-

nea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero este no le honraba como á Robespierre.

«Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores, dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados, hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo día á mis enemigos; irá á buscarme en todos sus peligros hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veleidad!»

XXII.

Encargado Collot de Herbois por la comision de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Como cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot de Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier Tinville fué llamado por la Convencion para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió su informe fulminante contra las supuestas facciones del estrangero, implicando en ellas á Chabot, Fabre de Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Dueroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «En dónde está, dijo, la roca Tarpeya! Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquia. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco y una familia libre de la lubricidad de un malvado, he aqui la